

UNA RESPUESTA ESTÉTICA A LA CRISIS DEL PENSAR METAFÍSICO

David Porcel Dieste
Universidad de Salamanca

RESUMEN: Sin duda hoy vivimos malos tiempos para cultivar el pensar metafísico. La lógica del cálculo y de la rentabilidad que impera en las sociedades capitalistas actuales no deja cabida a formas de conocimiento que necesitan de estados no rentables como la serenidad y la contemplación. Pero nuestro tiempo no sólo se caracteriza porque haya menos metafísica, sino porque van reduciéndose las posibilidades para este pensar. Lo que queda, por tanto, es iniciar la búsqueda de una solución desde dentro del mundo tecnificado en que vivimos y no a pesar de él. Para ello habrá que echar mano de una forma de conocimiento que reúna la doble condición de, por un lado, sustraerse de la cadena y circuitos que impone la técnica y, por otro, poner al hombre en el camino del preguntar metafísico. En este sentido, de lo que se trata es de retornar a las «experiencias primeras» *desde* dentro del sistema técnico y no *a pesar de* él.

PALABRAS CLAVE: Mundo tecnificado – Metafísica – Jacques Ellul – Martin Heidegger – Educación estética

ABSTRACT: Without any doubt, nowadays, we are living hard times to cultivate the metaphysical thinking. Calculation logic and the profitability that is currently taking part in capitalist societies do not have room for any type of knowledge which needs non-feasible states such as serenity and meditation. However, our time is not only characterized by the lack of metaphysics but by the reduced possibilities for this thinking. What it remains, therefore, is to begin the searching of a solution from the inside of the technical world in which we are living and not in spite of it. To do this, it will be necessary to recourse to a way of knowledge that meets the double condition of, on the one hand, back out of the chain and circuits imposed by technique and, on the other hand, to situate mankind on the way of the metaphysical questioning. In this sense, what is relevant is to come back to the «first experiences» *from* inside the technical system and not *in spite of* it.

KEYWORDS: Technical world – Metaphysics – Jacques Ellul – Martin Heidegger - Aesthetic education

I. Introducción

Sin duda hoy vivimos malos tiempos para cultivar el pensar metafísico. La lógica del cálculo y de la rentabilidad que impera en las sociedades capitalistas actuales no deja cabida a formas de conocimiento que necesitan de estados no rentables como la serenidad y la contemplación. Resulta llamativo, en este sentido, la abundancia de títulos¹ que hoy en día reclaman el valor intrínseco del saber metafísico, máxime cuando, a la luz de aquella lógica alimentada por la sed de poder de determinadas élites, la metafísica es considerada como un saber inútil, prescindible, servible en todo caso como mero pasatiempo o distracción. Tampoco la progresiva especialización del saber ayuda al ejercicio de una auténtica filosofía en nominativo que contribuya a una visión integral del mundo. El propio sistema determina a los futuros investigadores a continuar especializándose en un determinado campo del saber, perdiéndose con ello la perspectiva holística necesaria para una adecuada comprensión del mundo.

Pero nuestro tiempo no sólo se caracteriza porque haya menos metafísica, sino porque van reduciéndose las posibilidades para este pensar. El conjunto de condiciones que han preparado el camino para el desarrollo del pensamiento metafísico, desde que Tales de Mileto formulara aquello de *El principio de todo es el agua* hasta las disputas del pasado siglo en torno a la legitimidad de la metafísica como forma de conocimiento², tienen hoy en día difícil cabida. Las razones de ello son complejas y haría falta un trabajo de mayor envergadura para poder afrontar el problema. Este trabajo, humilde en su naturaleza, no pretende abordar el problema de las condiciones de posibilidad del preguntar metafísico desde un punto de vista psicológico, sociológico o epistemológico, tratando de descubrir aquel conjunto de elementos que intervienen en la formulación de la pregunta por el «ser», y desarrollando para ello todo un armazón de conceptos, hipótesis y leyes explicativos, sino, más bien, se limita a mostrar que en el mundo regido por aquella lógica del poder y del cálculo se produce un desajuste en la relación entre el sujeto cognoscente y el objeto conocido. Este desajuste, como se verá, está en el origen de la crisis del pensar metafísico.

Sin embargo, este trabajo no pretende ser pesimista en su fondo ni en su forma, de manera que, desde la consciencia de que en el mundo económico en que vivimos no se da esta relación favorable a la metafísica, se propone la viabilidad de un pensar metafísico adecuado a los nuevos tiempos. En este sentido, no creemos que pueda cambiarse el mundo, pero sí la manera de mirarlo, de forma que este ejercicio estético descubra nuevos aspectos lo suficientemente esquivos para eludir las exigencias de las llamadas «sociedades del rendimiento». ³ El hecho es que hemos tenido que dejar de ser metafísicos para advertir la pertinencia de la pregunta por las condiciones de posibilidad de aquel pensar. La insistencia de la pregunta muestra que la metafísica ha dejado de ser un quehacer común y habitual. Sin embargo, y a pesar de que en las sociedades tecnificadas falte un «quién» dispuesto a preguntar y un «qué» a ser interpelado, pensamos que aún estamos a tiempo de iniciar la pregunta por el Ser.

II. Unas gotas de fenomenología

Historiadores y filósofos de la técnica del pasado siglo como Jacques Ellul, Jünger, Mumford o Heidegger coinciden en definir el mundo occidental contemporáneo como un «mundo tecnificado», esto es, como un mundo en el que la técnica se ha convertido en la condición para la vida y la supervivencia. Así, algunos de los estudios más relevantes de aquellos autores⁴ corroboran que a partir del siglo XVIII la técnica muestra una faceta radicalmente distinta de la técnica anterior, hasta el punto que el fenómeno técnico actual apenas tiene nada en común con la situación anterior a aquel siglo. En la actualidad, no sólo acontece que la técnica favorece la vida o la existencia, sino que la condición para vivir y para «ser» pasa por dominar el lenguaje técnico. Este proceso de *tecnificación*, por el que todo cuanto existe acaba supeditándose a la lógica que impone la técnica o convirtiéndose en algo técnico, explica, en parte, la crisis actual de los valores religiosos y metafísicos. Al respecto, Jacques Ellul ya advierte del carácter sacrílego de la técnica, que no está limitada por nada, sino que se extiende indiscriminadamente a *todos* los campos y actividades del hombre: “Y, ¿por qué no había de obrar así la técnica? Es autónoma y no conoce más barreras que los límites temporales de su acción. Más allá, lo que busca no es el misterio, sino la tierra momentáneamente desconocida que es necesario explorar.”⁵

De hecho, la técnica sólo puede ser verdaderamente eficaz si engloba una enorme cantidad de fenómenos y hace entrar en su juego el máximo de datos. Es esta tendencia hacia la *totalidad*, como decíamos, lo que hace de la técnica un fenómeno capaz de instalarse en aquellos ámbitos que hacía un tiempo eran propiedad incompañable del ser humano. Y es que no sólo la técnica ha penetrado en lo inorgánico, explorando hasta fines insospechados la estructura del átomo, sino también en el mundo de la sustancia orgánica, controlando fenómenos naturales como la procreación o el desarrollo del embrión. Otros fenómenos, como el erotismo, la amistad o la actividad *poiética*, que hasta ahora se suponían sustraídos de las exigencias técnicas, también parecen necesitar de nuevas vías de canalización y realización conectadas al entramado tecnológico. Muestra de ello es que puede cultivarse la amistad desde la distancia o iniciarse una relación sentimental haciendo uso de plataformas virtuales. De hecho, la influencia de los nuevos canales de comunicación en las relaciones humanas llega a ser tal que el propio canal acaba modelando el tipo de comunicación y sus posibilidades.⁶ También el deporte, en el que la búsqueda de la marca y el récord se impone sobre valores ancestrales como el *sacrificio* y la *excelencia*, acaba reduciendo al propio deportista a un instrumento más del proceso técnico de obtención de «registro». Tal es el cambio, que el mundo actual no se define por un cambio de valores, sino por una nueva forma de valorar y de pensar, que parece no incluir aquel meditar propio de la actividad metafísica. Es decir, no sólo el mundo es lo que ha cambiado, sino nuestra manera pensar y de relacionarnos con él.

Heidegger se refiere a la lógica de la «solicitud» y del «emplazamiento» para explicar este proceso de *tecnificación* del mundo y de disolución del orden metafísico. El filósofo entiende que la esencia de la técnica moderna consiste en que descubre la Naturaleza como recurso almacenable, acumulable y desechable, a lo que llama «existencia». Así, mientras que la técnica antigua se limita a aprovecharse de la

Naturaleza para la elaboración del producto, la técnica moderna «emplaza» o insta a la Naturaleza a cumplir una determinada función dentro del sistema técnico en cuestión. Por tanto, los trabajadores ya no se rigen o atienen a los requerimientos de la Naturaleza, sino a las necesidades crecientes que impone la propia técnica: “En todas partes se solicita que algo esté inmediatamente en el emplazamiento –es decir, que tenga su plaza, su lugar- y que esté para ser solicitado para otra solicitud. Lo así solicitado tiene su propio lugar de estancia, su propia plaza. Lo llamamos las existencias.”⁷ Así, por ejemplo, en el sector productivo, una central termoeléctrica emplaza al combustible fósil a ocupar un lugar para que suministre calor, y ello en vista de una nueva solicitud, a saber, la disponibilidad de corriente eléctrica. También esta tendencia se hace visible en ámbitos sociales como la investigación o la educación: al investigador clínico se le solicita a que solucione un determinado problema en vista de una nueva solicitud, como demandar la producción de tal fármaco destinado a la cura de una enfermedad; y el profesor es emplazado a seguir determinados procesos evaluadores del alumno en vista de nuevos requerimientos, como el de completar ciertos estudios estadísticos, en ocasiones alejados del campo de la pedagogía. Incluso en espacios destinados al esparcimiento, elementos de la Naturaleza, como los parques o espacios naturales, están emplazados a ocupar un «lugar» dentro del complejo turístico, esto es, solicitadas a la solicitabilidad de la producción de experiencias y deseos consumistas. Estos ejemplos no sólo muestran la invasión a todos los ámbitos sociales de esa tendencia irreversible a convertir todo en «existencias», sino el hecho de que el ser humano también se encuentra sometido a las mismas condiciones por lo que algo es convertido en «existencia». En efecto, quiéralo o no, el hombre se ve sujeto a la exhortación a ocupar una «plaza» dentro de un determinado sistema técnico.

Por tanto, en términos heideggerianos, cabe definir el «modo de estar» del hombre contemporáneo como un estar «emplazado», provocado a una nueva solicitud. El hombre se encuentra provocado a extraer y almacenar «existencias». Se explotan los recursos naturales, pero también los seres humanos pueden ser explotados, es decir, vistos y tratados como meros recursos disponibles dispuestos, a su vez, para abastecer energía y sacar rendimiento. Es su manera de encontrarse, de estar en el mundo, que en lo sucesivo va a determinar su campo de acción y de decisión, no dando lugar, con ello, a ninguna otra forma de vivir que no sea la que imponga el sistema técnico del que se forme parte. Es decir, el ser humano es, hoy más que nunca, un «ser conectado», necesariamente imbricado en el mundo tecnológico; alejado, por tanto, del pensamiento libre y creador: “El pensamiento subyacente a esa extraña construcción orgánica hace avanzar un poco la esencia del mundo técnico, por cuanto convierte al ser humano, y ahora en un sentido más literal que nunca, en uno de los componentes de ese mundo.”⁸

III. Entonces..., ¿hay todavía lugar para el Misterio?

Una consecuencia inmediata del proceso de tecnificación es, como hemos apuntado, la desaparición de lo «maravilloso». Por un lado, ya no se dan las condiciones para una experiencia del misterio y apenas hay resquicios para sentimientos como la

«admiración» o el «asombro»: verdadera antesala de concepciones estéticas, metafísicas y religiosas. Atrás ha quedado el tiempo en el que el poeta, el místico o el metafísico podían mantener una relación de cercanía, de proximidad, con la Naturaleza, en perpetuo contacto con sus formas y secretos. Más bien, el hombre de hoy vive instalado en poderosas construcciones técnicas que median en su relación con el entorno y apenas ya puede vislumbrarse la Naturaleza tras el ensamblaje técnico: “No es un azar que la hidroelectricidad capte las cascadas y las obligue a ir por conductos cerrados: de la misma manera, el medio técnico absorbe el medio natural. Nos encaminamos rápidamente hacia el momento en que ya no dispondremos de medio natural. No olvidemos que la noche desaparecerá cuando hayan tenido éxito las investigaciones dedicadas a fabricar «auroras boreales» artificiales. Entonces será de día sin interrupción en todo el planeta...”⁹ En este contexto, resulta difícil encontrar lugares naturales propicios para una experiencia estética de lo bello y de lo sublime, ahora suscitada por los escenarios artificiales, o para la adoración a «lo sagrado», que acaba cediendo a los imperativos y coacciones procedentes del entramado tecnológico. No sólo el espacio para una experiencia del misterio se reduce; también el tiempo para la meditación parece volverse más escaso, sobre todo en aquellos lugares en los que los relojes se acumulan y las tareas se amontonan. Hoy más que nunca el tiempo «propio», de cada uno, se oprime hasta la asfixia: ¿qué posibilidades hay de experimentar el Misterio en un mundo en el que ya nada pertenece al dominio de los dioses y de las fuerzas naturales?

Por otro lado, el proceso de globalización técnica conduce al fin del «ser como vocación»: fundamento de cualquier actividad creadora. En efecto, otra consecuencia del proceso de tecnificación es que el «ser» no es ya algo que se realiza, en el sentido de la vocación, sino algo que se solicita desde la exhortación o provocación propia de la esencia de la técnica moderna. Es decir, el individuo, integrado en construcciones cada vez más amplias, que le imponen un determinado modo de operar y de pensar, renuncia a la posibilidad de vivir conforme a *su* deseo de ser o de realización personal. En esta situación lo que está en peligro es el ser como «vocación», hasta el punto que, instalado en aquel modo de operar, quien llega a ser no es porque lo haya querido, sino porque se le ha instado a ello en aras de un aumento de rendimiento o productividad. Nietzsche, refiriéndose a la ciencia, ya lo anticipó antes de su colapso en 1888: *No es la victoria de la ciencia lo que caracteriza nuestro siglo XIX, sino la victoria del método científico sobre la ciencia*. El método se impone ahora sobre aquellas actividades que parecían reservadas únicamente al genio y la habilidad personales. Ya no tiene cabida la figura del genio político o metafísico, que, haciendo uso de un talento espontáneo, podían revolucionar la ciencia de su tiempo. Ahora se impone el cumplimiento de cierta metodología preestablecida y universal, por la cual un político mediocre puede obtener una buena política y su práctica asegurar un mejor resultado que el del ejercicio de una política «no técnica».¹⁰ Incluso actividades como la música o la literatura, caracterizadas por la espontaneidad y creatividad, se han transformado sustancialmente por el efecto de determinadas técnicas no artísticas, proliferando así nuevas tendencias como la «ciberliteratura» o la «música de diseño».

Por tanto, la condena del conocimiento es que está ya predeterminado tanto por el método como por las metas que de aquél se esperan. En efecto, las expectativas y propósitos del hombre dedicado al conocimiento se encuentran muchas veces determinados por los imperativos del sistema socio-económico del que ineludiblemente aquél forma parte. Lo mismo que ocurre en el caso del arte o de la política acontece en la ciencia: se insta al científico natural a que refute o confirme tal hipótesis científica, a que experimente y observe tal hecho, siempre en vista de obtener un resultado preestablecido que responda a las expectativas del sistema y en aras del aumento de rendimiento.¹¹ Entonces, si el criterio de verdad (o de falsabilidad) se aplica a todo aquello que encaja dentro de los parámetros que impone la ciencia, habrá que reclamar aquello que caiga fuera del ámbito de la explicación y dé ocasión a las «experiencias primeras».

IV. Hacia una educación estética de la mirada

Hemos visto que no sólo en el ámbito de la producción y del consumo, sino también en el de la investigación, el conocimiento cae dentro del ámbito de la «solicitud» y del «emplazamiento». Es difícil imaginar en esta situación una razón liberadora, emancipadora, según el ideal ilustrado, que resitúe al hombre a su lugar perdido y le predisponga nuevamente al pensar metafísico. La «razón natural», que antaño había liberado al hombre de la superstición y de la mentira, ha caído prisionera de su propia construcción. Es tal la opresión que ejerce la circunstancia sobre el individuo que éste acaba confundándose con ella por motivos de supervivencia: “Ni el hombre ni el grupo pueden escoger un camino que no sea un camino técnico; están colocados frente a este simple dilema: o deciden salvaguardar su libertad de elección y usar el medio tradicional o personal, moral o empírico, y entonces entran en competencia con un poder contra el cual no hay defensa eficaz porque sus medios carecen de eficacia y serán ahogados o eliminados, y ellos mismos serán vencidos, o bien deciden aceptar la necesidad técnica; entonces vencerán, pero quedarán sometidos, de modo irremediable, a la esclavitud técnica.”¹²

En esta situación, por la que por doquier el ser humano se haya irremediablemente instalado en la cadena de la «solicitud» y el «emplazamiento», ya no sirven tampoco aquellas propuestas neorrománticas¹³ por las que se concebía la posibilidad de practicar formas de existencia liberadas de las ataduras y adherencias procedentes de las formaciones técnicas. En un tiempo en que todo está interconectado con todo y la técnica penetra incluso en el interior de los individuos, convirtiéndolos en auténticas construcciones tecno-orgánicas, integrantes, a su vez, de construcciones más amplias, parece ya irrealizable toda forma de vida al margen de los sistemas técnicos. Por lo mismo, el retorno al terruño mediante formas de producción que nos devuelvan a la Naturaleza resulta irrealizable a la luz de la complejidad que encierran las instituciones y organismos tanto en el ámbito económico-productivo como político-administrativo. Lo que queda, por tanto, es iniciar la búsqueda de una solución desde dentro del sistema técnico y no a pesar de él. Para ello habrá que echar mano de una forma de conocimiento que reúna la doble condición de, por un lado, sustraerse de la

cadena de las solicitaciones y, por otro, poner al hombre en camino del preguntar metafísico. En este sentido, de lo que se trata es de retornar a las «experiencias primeras» *desde* dentro del sistema técnico y no *a pesar de* él.

Por tanto, hoy más que nunca es apremiante una educación estética de la mirada que ponga al hombre en camino de «experiencias primordiales», pero no renunciando al mundo técnico, sino contando con él, porque, como recordaba Hölderlin, “donde está el peligro, crece también lo que salva”. Al respecto, el planteamiento de Heidegger referido a la esencia de la técnica¹⁴ invita a pensar la técnica como camino, más que como instrumento. En su conferencia *La pregunta por la técnica* (1953), el autor arremete contra la concepción instrumental de la técnica que no se pregunta por la esencia de lo técnico, sino que la supone o incluye como algo ya sabido, y entonces resulta ser una visión deficiente. Así, Heidegger entiende que la esencia de la técnica, antes y más radicalmente que una forma de instrumentalización, consiste en ser un modo de desvelar o desocultar la Naturaleza. Nos relacionamos con la técnica viendo en ella un ensamblaje de elementos que solicitan o demandan la ejecución de determinadas tareas, cuando la técnica es también, lo mismo que el arte, una manera de desvelar o desocultar la Naturaleza. La técnica es un modo de desocultar, en tanto que hace aparecer las cosas, los entes, de diferentes maneras. Son muchos los casos donde puede verse este desocultamiento propio de la técnica: por ejemplo, en la técnica naval, que nos descubre el mar como algo navegable; en los aparatos modernos para medir el tiempo, que hacen aparecer éste en forma de sucesión de unidades de movimiento; o en la técnica política, que acaba convirtiendo el deseo y genio personales en un esfuerzo disciplinado y metódico. Desde este punto de vista, la técnica no se comporta sólo como un instrumento al servicio del ser humano, sino como una manera de desocultar la Naturaleza, que ahora se hace visible en tanto que realidad «modificada», «solicitada».

En este sentido, *la técnica no sólo sirve, también enseña, ilumina, descubre lo que yace ahí oculto*; de manera que, lo mismo que ocurre en la obra de arte, la realidad «modificada» revela lo natural *en* lo histórico, lo «dado» *en* lo «puesto». Tanto es así que ahora la Naturaleza sólo sabe mostrarse en forma de ritmos y corrientes artificiales. La Naturaleza es, más que nunca, Naturaleza «provocada», y es precisamente a través de la consciencia de este hecho como podemos aprender a reconocer tras las apariencias lo «no modificado». No es casual que filósofos como Jünger se hayan ocupado en varios de sus trabajos¹⁵ de dirigir la mirada del lector a los principios mismos de las técnicas más revolucionarias, como el reloj mecánico o la imprenta, pues es ahí, en la comprensión de los mecanismos fundamentales que llenan los millones de artilugios de un mismo género, donde puede adivinarse que es *una y la misma* la fuerza que los anima: ¿o acaso el ritmo entrecortado –común a todos los relojes mecánicos- no es más que *otra* forma de hacerse visible la fuerza de la gravedad?

Hay que *acostumbrar* la mirada a reconocer el reposo que yace tras el dinamismo técnico. Giran las ruedas, avanza el calendario, corren los relojes. Se tiene la sensación de que todo se mueve, todo marcha hacia delante, a un ritmo incesante, irreversible; cuando lo único que se mueve son las ruedas, las saetas y los números, no la fuerza que los anima. Se comprende entonces que el sentimiento dinámico del mundo

es el resultado de una percepción superflua, que se queda en el aspecto visible de la técnica, como la visión del niño que, incapaz de ver el truco, ve la actuación del mago como un acto extraordinario: “En el ámbito más profundo de la técnica, allí donde ésta se convierte en hechizo, lo económico, el aspecto del poder cautiva menos que el aspecto lúdico. Queda claro entonces que somos presas de un juego, de una danza del espíritu que ningún arte aritmético es capaz de captar.”¹⁶ Por tanto, es la afición a mirar lo que puede conducirnos hacia las «experiencias primeras», pues la contemplación de lo «intemporal», respecto del cual no estamos emplazados ni solicitados, prepara el camino para experiencias primordiales como el «asombro» o la «admiración». Éstas acontecen en tanto que la visión de lo intemporal, mientras sosiega y atrae nuestra atención, nos libera de las ataduras y adherencias que ineludiblemente implica el modo de estar «emplazado». En efecto, *en* la actitud contemplativa ya no actuamos como usuarios o demandantes de la técnica, sino, más bien, como actores desinteresados y sustraídos de las exigencias y de los propósitos. De lo que se trata por tanto es de acostumbrar la mirada a lo «permanente», para luego hacerlo nuestro, dejarnos hechizar por él, propiciando la ocasión para que el mundo se revele no ya como objeto de demanda o sollicitación, sino de asombro y contemplación, abriendo con ello el camino al pensar metafísico.

¹ Véase NUSSBAUM, MARTHA C., *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades* [Traducción de María Victoria Rodil], Katz editores, Buenos Aires/Madrid, 2010; LLOVET, JORDI, *Adiós a la universidad: El eclipse de las humanidades*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2011; o ORDINE, NUCCIO, *La utilidad de lo inútil*, Acantilado, Barcelona, 2013.

² Disputas que, como ya ha quedado de manifiesto, contienen o suponen una metafísica. Al respecto, véase “Para introducir a Heidegger” en *Estudios filosóficos 1957-1987*, TORRETTI, ROBERTO, Universidad Diego Portales, Santiago, 2006.

³ Véase, HAN, BYUNG-CHUN, *La sociedad del cansancio*, Herder, Barcelona, 2012.

⁴ Véase, al respecto, ELLUL, JACQUES, *La edad de la técnica*, Octaedro, Barcelona, 2003; HEIDEGGER, MARTIN, *La pregunta por la técnica*, pp. 17 Ediciones del Serbal, Barcelona, 1994, *Conferencias y artículos*; MUMFORD, LEWIS, *El mito de la máquina*, Pepitas de calabaza, Logroño, 2010.

⁵ ELLUL, JACQUES, *La edad de la técnica*, Octaedro, Barcelona, 2003, pp. 148

⁶ Este fenómeno se hace especialmente visible en la enseñanza, en la que profesores y alumnos tienen que acabar dominando ciertas destrezas instrumentales y recursos tecnológicos para transmitir o recibir conocimientos, previamente adaptados a los circuitos o coordenadas que imponen aquéllos.

⁷ HEIDEGGER, MARTIN, *La pregunta por la técnica*, pp. 17 Ediciones del Serbal, Barcelona, 1994, *Conferencias y artículos*.

⁸ Véase, JÜNGER, ERNST, *Sobre el dolor*, Tusquets, Barcelona, 1995, pp. 37,38

⁹ ELLUL, JACQUES, *La edad de la técnica*, pp. 85

¹⁰ Al respecto, afirma Ellul: “Lenin instituyó la técnica política. No llegó a formular de una vez por todas sus principios, pero alcanzó, desde el primer momento, el doble resultado siguiente: por una parte, un político mediocre, aplicando esta «manera de hacer», puede obtener una buena política media, evitar las catástrofes y asegurar una línea coherente. Por otra parte, el método afirma su superioridad respecto de una política no técnica.” (en ELLUL, JACQUES, *La edad de la técnica*, pp. 89)

¹¹ Al respecto, añade Heidegger: “por esto la física de la época moderna no es física experimental porque emplee aparatos para preguntar a la Naturaleza, sino al contrario: como la física –y ello porque es ya pura teoría- emplaza a la Naturaleza a presentarse como una trama de fuerzas calculable de antemano, por esto se solicita el experimento, a saber, para preguntar si se anuncia, y cómo se anuncia, la Naturaleza a la que se ha emplazado de este modo.” (en HEIDEGGER, MARTIN, *La pregunta por la técnica*, pp. 20, 21)

¹² ELLUL, JACQUES, *La edad de la técnica*, pp. 90

¹³ Véase, JÜNGER, ERNST, *La emboscadura*, Tusquets, Barcelona, 1993.

¹⁴ Véase HEIDEGGER, MARTIN, *La pregunta por la técnica*.

¹⁵ Como ejemplo, véase JÜNGER, ERNST, *El libro del reloj de arena*, Tusquets, Barcelona, 1998.

¹⁶ JÜNGER, ERNST, *Abejas de cristal*, Alianza Editorial, Madrid, 1995, pp. 131.